

El Silbón
Literatura Fantástica

ARMANDO JOSÉ SEQUERA

Me pareció que saltaba por el espacio como una hoja muerta

República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial
elperroylarana





Me pareció que
saltaba por el espacio
como una hoja muerta



Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas (1010), Venezuela.
Teléfonos: (0212) 7688300 / 7688399.

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Facebook: Editorial perro rana
Twitter: @perroyranalibro

Diseño de la colección:
Mónica Piscitelli

Imagen de portada:
Armando José Sequera

Edición al cuidado de:
Milagros Carvajal
Mónica Piscitelli
Deisa Tremarias

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal DC2017000616
ISBN 978-980-14-3712-3

Gobierno **Bolivariano** de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la **Cultura**



EL SILBÓN
LITERATURA FANTÁSTICA

ARMANDO JOSÉ SEQUERA

Me pareció que saltaba por el espacio como una hoja muerta

LA COLECCIÓN EL CÍRCULO DE TLÖN HACE REFERENCIA –A TRAVÉS DEL LEGADO BORGIANO DEL CUENTO *TLÖN, UQBAR, ORBIS TERTIUS*– A LOS GÉNEROS LITERARIOS QUE EN ALGÚN MOMENTO FUERON CALIFICADOS DE “MENORES” A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX. DERIVADOS DE LAS POSIBILIDADES CIENTÍFICAS, LOS AVANCES TECNOLÓGICOS Y LOS PLANTEAMIENTOS FILOSÓFICOS, ESTOS TEXTOS ALBERGAN EL FRACASO DE LAS GRANDES CIUDADES QUE TERMINARON EN UNA MODERNIDAD AGLUTINANTE, GENERANDO UN NUEVO IMAGINARIO DENTRO DEL DOBLE JUEGO DE CRIMEN-RESOLUCIÓN, REALIDAD-UTOPÍA. ASÍ NACE LO FANTÁSTICO COMO SÍNTOMA Y RESGUARDO DE LUCIDEZ ANTE UNA REALIDAD POSIBLE DESDE LA PALABRA.

LA SERIE **NOTICIAS DEL FUTURO**

LLAMADA TAMBIÉN LITERATURA DE ANTICIPACIÓN O CIENCIA-FICCIÓN, ES UN GÉNERO QUE HA TENIDO UNA INFLUENCIA NOTABLE EN EL IMAGINARIO LITERARIO.

SERIE **TOMBOS Y TUMBAS**

SURGE BAJO LA TÉCNICA DEL RELATO POLICIACO O NOVELA NEGRA COMO UNA TRAMOYA; LOS AUTORES DESPLIEGAN ARGUMENTOS O SITUACIONES DONDE EL ANÁLISIS FACULTARÁ LA RESOLUCIÓN DEL CASO.

SERIE **EL SILBÓN**

LEGENDARIO PERSONAJE DE LOS LLANOS VENEZOLANOS, SU LEYENDA CONVOCA AL IMAGINARIO DE LO INCIERTO PREVALECIENDO SIEMPRE LO FANTÁSTICO SOBRE LO VERDADERO.

SERIE **DR. KNOCHE**

SURGE COMO INSPIRACIÓN PARA UN GÉNERO DE AMPLIA PROPUESTA ESTÉTICA Y LITERARIA QUE SE HA NEGADO A MORIR COMO SON LAS HISTORIETAS, CONVIRTIÉNDOSE EN LO QUE VA DE SIGLO EN UNA MARCADA REFERENCIA DE VANGUARDIA.

SE EDITARÁN TEXTOS DE AUTORES VENEZOLANOS Y EXTRANJEROS; DE ESTA MANERA, EN PALABRAS DE BORGES, “TLÖN SERÁ UN LABERINTO, PERO ES UN LABERINTO URDIDO POR HOMBRES, UN LABERINTO DESTINADO A QUE LO DESCIFREN LOS HOMBRES”.

Saltando por el espacio

Prólogo de: Mercedes Franco

Un poético epígrafe de H.G. Wells inspira el título de esta colección de deslumbrantes relatos de Armando José Sequera. ¿Qué se sentirá saltar por el espacio vagando, errando, flotando como una hoja muerta en el vacío? No caer antes de palpar y degustar esa sensación aérea de ingravidez, de inexistencia. Tal vez esa sensación inédita es la que intenta el autor venezolano recrear en estas narraciones fantásticas, de gran fuerza y a veces de un lirismo conmovedor.

Lo primero que salta a la vista en este libro de Armando Sequera es la extraordinaria nitidez del lenguaje. Preciso, exacto, sin perder el brillo, la frescura. Certera cada palabra, como una bala o una hoja. Encontramos expresiones de una belleza asombrosa, que pertenecen al campo de la poesía, pero dentro de estas narraciones cobran un sentido sutil, profundamente diáfano. "Un crepitar de bisagras y telarañas", o "las veredas de la noche".

La magia se hace presente por doquier en estos extraordinarios relatos, inscribiendo al autor dentro de esa gran atmósfera real-maravillosa que respiramos todos los latinoamericanos: "Todos los que estaban a punto de subir al cohete le pasaban la mano por la joroba. Decían que quienes no lo hacían terminaban en el espacio errantes como meteoritos."

Aunque pertenecen al ámbito de la ciencia-ficción, los cuentos contenidos en este volumen no pueden sustraerse a la suave melancolía, al cautivador tono a veces irónico, a veces onírico que impregna

en general la obra de este prolífico escritor, que se ha revelado como una de las voces más completas y complejas dentro de nuestra narrativa contemporánea.

A Ana, mi abuela, por brindarme
la verdadera trinchera

A Irene, mi madre, por inculcarme
la palabra, el brillo de las estrellas
y el vuelo de las aves

Estaba a punto de pedirle un apretón de manos,
cuando Cavor juntó los pies y, dando un salto
en dirección al Norte, se separó de mí. Me pareció
que saltaba por el espacio como una hoja muerta,
hasta posarse suavemente en el suelo

H. G. Wells
Los primeros hombres en la Luna

Porque no seremos más amedrentados
porque no seremos más humillados
porque, ciertamente, un día el hombre estallará
como vino fermentado en botella vieja



Estancias, corredores y patios

Entré rodeado de un crepitar de bisagras y telarañas.

Enfrenté un enjambre de estancias, corredores y patios. Vi muebles y cuadros cubiertos por amarillosas telas blancas: una morgue. Cada uno de mis pasos era puesto en evidencia por el polvo. Parecía respirarse un aire ciego, apergaminado. Recorrí desilusionado aquel ruinoso edificio que tanto se parecía a mí: próximo a la muerte y con la epidermis atacada de vejez.

Coloqué mi saco en el respaldo de una mecedora, con lo cual temí haberla adoptado, y decidí, antes de decirte que no, hacer un nuevo recorrido que me permitiera excusar ante ti y con pretextos indelebles, mi falta de interés por el lugar.

El estruendo de un cohete ascendiendo por una de las veredas de la noche me hizo correr a la velocidad que me permitía el bastón. Logré captar, desde la puerta, un punto decrecientemente luminoso que viajaba a donde tantas veces yo había soñado ir. Pensé: *hay una base de lanzamientos cerca.*

Nos iremos a vivir allí, pese a todo, recuerdo que te dije más tarde, cuando mirándome a los ojos preguntaste cuál era mi decisión, *así podré ver diariamente la partida de los cohetes: me conformaré con eso.*

Si tan sólo pudiera soportar la presión del despegue, suspiré, mientras salía a la calle atravesada de circunstanciales faroles, como lejanas e imposibles estrellas.

Cohetes desde mi habitación

A través de la ventana, desde mi habitación, todas las noches los veo ascender poderosos, ígneos. Como en un recuerdo de infancia, espero ver esparcirse los destellos multicolores hacia todas partes y, luego de varios segundos, oír la explosión. Pero son verdaderos cohetes: llenos de gente ansiosa de percibir otros mundos, otros paisajes.

Ya éste que sale atraviesa las nubes más bajas.

Ya apenas se oye su estruendosa estela de ecos cargados de sueños.

Percibo una melancólica voz que me pregunta desde su mecedora en la sala, *¿lo viste?, ¿lo viste?* y evito recordarle que únicamente los viejos no hemos podido viajar al espacio, tal vez porque estamos próximos a otro viaje más importante, definitivo.

Mensaje enviado cualquier día de marzo

Recibí la foto en tercera dimensión que me enviaste, contigo en primer plano y muchos asteroides algo borrosos de fondo.

Es hermoso el espacio ¿verdad?

Envíame otras fotografías, no importa que sean lisas. Perdóname esta petición, pero ya sabes que sólo soy un viejo sin oportunidad de asomarme siquiera por encima de la atmósfera.

Eso sí, procura que las fotos tengan los más mínimos detalles. ¿Sabes? Así yo también me hago la ilusión de estar viajando.

La seguridad envolvía entonces al viajero

Él mismo se había ofrecido, *así me siento útil y feliz*, decía cuando alguien, extrañado, le preguntaba.

No era por dinero que lo hacía pues gozaba de una pensión que lo eximía de trabajo, no tanto por jorobado sino por viejo: muchos años atrás había vendido billetes de lotería en una gran ciudad.

Todos los que estaban a punto de subir al cohete le pasaban la mano por la joroba. Decían que quienes no lo hacían terminaban en el espacio errantes como meteoritos.

En un primer momento, apenas a una docena de pasos de su presencia en el comienzo de la escalerilla, no quise hacerlo. La visión de mi cuerpo envuelto en el ligero y huidizo calor de un traje abrillantado y flotando sin un destino definido me decidió.

Evidentemente, la seguridad envolvía entonces al viajero.

De sus dedos parecen brotar secretos

María Laura tiene las manos del color de la tierra y de sus dedos parecen brotar secretos, cuando se inclina a destallar los almácigos y a ahilerarlos en pos del infinito.

María Laura sólo ha ido una vez al espacio y nos ha dicho que prefiere estar en contacto con la vida que su trabajo crea. Por eso, de momento y al verla pasar hacia el verde que, expectativo, la aguarda, creemos estar en presencia de una incierta divinidad.

Su presencia ni siquiera era objeto de curiosidad

Apenas un perro se acercó una mañana y lo orinó largamente: su presencia ni siquiera era objeto de curiosidad.

El niño más curioso del pueblo desdeñó la pregunta desde mucho antes que una capa de óxido llegara a recubrir al vetusto tanque de guerra, y en él comenzaran a brotar flores silvestres y hasta uno que otro tallo de albahaca.

Le regalamos un telescopio al abuelo

Le regalamos un telescopio al abuelo.

Más vale que no.

Nos pidió que subiéramos su mecedora al techo para establecer su observatorio. Después, que lo subiéramos a él, *con cuidado, que tengo esta pierna enferma*. Posteriormente, la abuela dijo que ella no se quería quedar sola y hubo que subirla también.

Bajarlos es más complicado que subirlos: parece que se nos fueran a caer. Una vez en tierra hay que escuchar las narraciones acerca de lo que ambos han visto.

Si supieran que el telescopio no tiene vidrios.

Me pareció que saltaba por el espacio como una hoja muerta

I

Aquel año fuimos los primeros del pueblo en planear un viaje espacial. Por separado, pues entonces no nos conocíamos. Ella vivía y trabajaba en un extremo y yo en el otro.

Nos conocimos durante los trámites para obtener el pasaje. Ella soñaba con recorrer de cerca lo que sus ojos tantas veces le habían dicho que era lejano. Debo tener tendencia a enamorarme repentinamente porque, tras esas anhelantes palabras primeras, presentí que en adelante coincidiríamos en todo, como dos personas que se aman.

Los días de preparativos para el viaje nos acercaron de tal manera que el pueblo parecía haber unido sus confines: pronto, una de mis dos maletas sirvió para albergar parte de su equipaje. La noche anterior a nuestra partida nos depositó sobre la grama del solar de su casa, deseosos de una máquina del tiempo que nos evitase las veinticuatro horas de espera.

Ella señalaba una estrella y yo le daba el nombre de alguien del pueblo. Cuando no nos poníamos de acuerdo, discutíamos con la pasión de quien da fe de haber descubierto un nuevo cometa. De no existir el amanecer, no nos habríamos dado cuenta de que ya estábamos en el gran día.

II

Únicamente cuando avanzábamos hacia la escalerilla que tan sólo veinte peldaños más tarde se transformaba en puerta y rebasamos al solitario jorobado, nos atrevimos a hablar. Todo el día lo habíamos visto transcurrir en el silencio galopante del reloj. *Hace muchos años, este viaje sólo lo habrían podido hacer unos pocos*, dijo ella. *Sí*, contesté, mientras apretaba su mano y veía los gestos amables con que la tripulación nos invitaba a tomar asiento en el cohete.

Estábamos rodeados de material aislante de ruidos para evitar que el despegue, aún defectuoso, nos ensordeciera. Se nos rogó, mediante un ingenioso aviso que sobrevolaba nuestras cabezas, que nos atásemos los cinturones que pendían de los asientos.

La tripulación, tres hombres y cinco mujeres, caminaba de un lado a otro alentando confianza a la mayoría de los pasajeros que empezaba a dudar que el viaje se cumpliera cabalmente. La iluminación concedida por doce pares de globos lumínicos que flotaban perfectamente, sin interferir sus respectivos desplazamientos, ni los del aviso que invitaba a hacer uso de los cinturones, permitía leer el folleto-guía del vuelo, contrariamente a lo que pensé cuando les vi al entrar. La coordinación de sus órbitas impedía que en algún momento cualquier espacio del interior del cohete careciera de luz. Tales esferas parecían el preludio del viaje que nos disponíamos a realizar.

Despegamos.

Durante los veinte días del viaje, nos enfrentamos a imágenes de belleza inimaginada. En ningún momento nos sentimos defraudados, como pregonaban sentirse muchos viajeros anteriores a nosotros. Es cierto que mantenerse todo el tiempo en el interior del cohete, circunvolando regiones próximas al resto de planetas y satélites del sistema solar, sin descender en ellos, puede resultar poco emocionante pero debe tenerse en cuenta que, excepto en Marte, aun no existe la seguridad necesaria para efectuar tales descensos: miles

de científicos estudian las posibilidades que ofrece cada planeta y cada luna y, en unos años, seguro que podremos empezar a hacerlo.

III

Ya de regreso, henchidos de galaxias y fulgores, ella comenzó a sentir nostalgia por el espacio. Cuando me comunicó su decisión, tomada según sus palabras durante el almuerzo del día anterior, no pude hacer otra cosa que confesarle que mi cobardía podía más que mi amor.

La tripulación jamás se había topado con un caso así, por lo que debió pedir asesoramiento al Consejo Internacional del Espacio, del que dependían los vuelos interplanetarios.

Yo me hallaba horrorizado ante la sola idea de que le fuera concedido el permiso para abandonar la nave en pleno vacío sideral, pues entonces consideraba lejana la probabilidad de perderla.

Una de nuestras principales premisas es la libertad y el permiso llegó. Eso sí, condicionado a que no hubiesen opositores: todos se volvieron hacia mí. Sin embargo, una mirada suya bastó para que yo, entrecortadamente, diera a conocer su absoluta independencia con respecto a mi consentimiento. No éramos una pareja y, como era mayor de edad, nadie había hecho referencia a sus padres. Además, no tenía hijos.

De acuerdo a las instrucciones llegadas, se le permitiría un paseo por el exterior del cohete, a fin de que en esas condiciones pudiese tomar la verdadera y definitiva decisión. La duración del paseo sería de media hora, tras la cual podría solicitar que se le incorporase de nuevo al pasaje o se le dejara errante en el espacio.

Cuando llegó el momento, todos los pasajeros seguimos de cerca las indicaciones que le hicieron para que se colocase el traje que, si decidía transformarse en viajera perpetua, le permitiría sobrevivir un día flotando en el cosmos. De igual forma, nadie perdió detalle de cómo se le enseñó a moverse en el traje y a realizar –si fallaba la

radiocomunicación–, cualquiera de las dos señales que decidirían su suerte, una vez fuera de la nave.

A través del transmisor colocado en el interior del casco recién puesto, pude oír su invitación, la última antes de salir, a acompañarla. Se hablaba de que yo no debía dejarla ir sola, de que podía salir y luego pedir, incluso si ella prefería la otra opción, que me regresaran al cohete. No me atreví.

Tras su salida, permanecí unos instantes atrincherado en el silencio. Luego corrí a una ventanilla y por algunos segundos no pude ver más que lejanas estrellas al fondo, dispuestas sobre una negrura extensa que por primera vez sentí aterradora.

IV

Desde la por seis horas retrasada llegada a la base de lanzamientos; en el trayecto, desde la plataforma espacial hasta el pueblo; durante la caminata en pos del crepúsculo, a través de los sembradíos colectivos; en la vereda que conducía a la casa de sus padres, traté de encontrar algún nuevo punto luminoso en el cielo. Por una parte, para decirles, ¡*mírenla, allí está, véanla como brilla*!, y, por la otra, para tratar de borrar esa última visión suya, a un costado del cohete, cuando me pareció que saltaba por el espacio como una hoja muerta.

Entre nubes y enceguecimientos

Desde el día que dijo, *al fin he comprendido el significado de la belleza*, pasó su tiempo de abuela eximida de trabajo contemplando el vuelo de las aves.

Aunque pocos aseguraban haberle conocido sonrisa, todos la vimos plena de infinitas alegrías, cuando dejó su mecedora moviéndose tras de sí y batiendo alas recién surgidas se elevó en un trino palpitante hasta no sabemos dónde, pues, entre nubes y enceguecimientos, la perdimos de vista.

Ahora que tu cuerpo empieza donde el mío termina

Carmen, ahora que tu cuerpo empieza donde el mío termina, ten en cuenta que hacia donde nos dirigimos no hay más vida que la que tú y yo logremos crear.

Advierte que nuestra misión es ser los primeros, que posiblemente habrá una historia que se referirá a nosotros y que tal vez seamos considerados los primeros padres.

Piensa que, con los años, hasta se llegará a dudar de nuestra existencia y se nos creerá un mito.

De momento, mira aquel punto luminoso: cuando hayamos llegado, será un sol, nuestro nuevo sol.

Recuerdo de un año que también es éste

El año que viene, tal día como hoy, 17 de junio, recordaremos este instante en que estamos juntos, te dije desde la cobija azul bajo la cual nos encontrábamos, mientras te tomaba la mano y te veía recorrer con la mirada las paredes que nos estrechaban, la ventana por la que en esos momentos se veía ascender un cohete, y el verdor de los campos que se iluminaban con el resplandor de la partida.

Eso mismo dijiste el año pasado, respondiste, y tu voz fue recuerdo.

Y hemos querido conocer el espacio
(Crónica mensual)

Agosto

Tuvo que morir mucha gente.

Los torturados, los hambrientos, los callados a la fuerza, los inlibertos, son incontenibles cuando de cobrar deudas acumuladas por siglos se trata.

Fueron varios años del más puro horror, varias décadas de la más pura desconfianza, donde se fraguaron nuestras voluntades. Aún duele saber que hemos conquistado la paz a costa de tanta sangre, pero cómo convencer al por tanto tiempo oprimido, al por tanto tiempo vejado y vuelto a vejar, que su enemigo es también su hermano, si cuando tuvo hambre recibió sobras y cuando tuvo necesidad de medicina recibió certificados de muerte.

Sólo a ese precio los campos han llegado a ser colectivamente verdes, con un verdor que se refleja en las montañas con cumbres nevadas o cubiertas de neblina. Sólo a ese precio nos sentimos libres, ansiosos de formar nuevamente parte del orden del universo. Y hemos querido conocer el espacio que los privilegios de antaño nos mantuvieron vedado y sentimos realmente como si acabásemos de resucitar.

Septiembre

Se comenzó a viajar por el espacio con cierta regularidad, en medio de privilegios que impedían a las mayorías el acceso al cosmos.

Luego de nuestra victoria, estuvimos de acuerdo en no tocar los cohetes durante varias décadas, ya que había cosas más importantes que hacer: los únicos que viajaban eran científicos.

Al fin y pese a todos los temores que se abrigaban, decidimos que el que quisiera, pudiera.

Octubre

Sobre nuestros ojos dirigidos al cielo, se elevaba, tras muchos años de parálisis, el primer cohete de los nuevos tiempos.

Los primeros viajeros fueron entonces elegidos entre los más trabajadores y los más ansiosos de conocer el espacio, en su mayoría, viejos.

Noviembre

Unos por no superar el examen médico, otros por temores cabalísticos de última hora, desistieron del viaje. Se les sustituyó por voluntarios que, para el efecto, resultaron bien pocos: hubo asientos vacíos en el cohete.

Veinte días de nublados y controversiales comentarios en los ocho pueblos vecinos a una de las bases de lanzamientos de cohetes de Lara y de ruegos de las abuelas, mientras por sus temblorosos dedos se deslizaban circulares ríos de camándulas o rosarios de perlas plásticas enmohecidas, se vieron interrumpidos por las aclamaciones que nos devolvieron la confianza que habíamos perdido días atrás en nosotros mismos, en nuestras decisiones colectivas, en nuestro recién adquirido porvenir, por la inseguridad que proporciona no saber qué hacer, al tener a la historia, por primera vez, totalmente en nuestras manos.

Diciembre

Hay creencias y supersticiones que todavía no hemos podido erradicar.

Fueron muchos siglos en contra y llevamos poco menos de cien años de haber comenzado a ser nosotros.

Enero

Se viaja al espacio cuando ya los valles que rodean la base de lanzamientos han sido colectivamente enverdecidos.

Entonces se destacan diferentes comisiones que se encargan del entresacado, del regadío y el cuidado de las plantas que se elevan como naves petrificadas sobre musgosas llamaradas, mientras otros grupos se hallan en el cosmos o en cualquier lugar de nuestro planeta.

Volvemos a reunirnos todos, estrictamente todos, al momento de cosechar.

Hay quien viaja una vez y no quiere hacerlo más y hay quien no desperdicia oportunidad para tener frente a sus ojos la más pura extensión sembrada de resplandores.

Nos atrevemos a decir que al fin nos hemos dado cuenta de que formamos parte del universo y que no somos un hecho aislado en él.

Febrero

Claro que no solamente trabajamos y viajamos al espacio: hacer sólo eso sería de una monotonía cuadrada.

Nos dedicamos también a ampliar nuestro horizonte como especie, a estudiar mejores posibilidades de vida, no sólo en nuestro planeta sino fuera de él, a mantener la paz de la que hoy gozamos, a adquirir conciencia crítica, a construir todo lo construible, a amarnos cada día con mayor fortaleza.

Marzo

Las ciudades ya no son como antes y eso nos complace.

Hay sembradíos colectivos donde antes fueron levantadas colosales construcciones; hay ríos de cauce resucitado donde antes hubo certeza de eterna sequía; pero, sobre todo, hay vida donde antes hubo máquinas, paso de máquinas, espacio ocupado por máquinas.

Abril

Todo el mundo comenzó a preguntarse *¿fronteras para qué?* y de mutuo acuerdo fueron eliminadas.

No hubo una sola oposición, al menos públicamente, que tuviese consistencia.

Luego vino lo de la única economía que devolvió al planeta su calidad de tal.

Mayo

Las máquinas del tiempo son recientes y sólo las manipulan los historiadores y los estudiantes de historia avanzados.

Junio

El 13 de junio es día de San Antonio.

Es uno de los pocos días del año en que no se trabaja, ni sale ningún cohete, pues es una obligación entre nosotros celebrar la fecha. Nos adornamos de coplas y ligereza en los pies para bailar las ocho piezas del Tamunangue.

Los que sabemos tocar el cuatro amanecemos el catorce con los dedos enrojecidos y ajenos a las labores que realizamos.

Julio

Enviamos fuera del sistema solar a una pareja: Carmen y Caupolicán.

Será dentro de seis años cuando recibamos sus primeros mensajes. Por ahora, sólo aguardamos y creemos que triunfarán, que lograrán establecerse y sobrevivir en otro lugar del universo.

Agosto

No, no hay capillas pero se cree en Dios.

Cuando a él le hubiera gustado morirse

I

Siempre había tenido miedo de eso.

Nos dijo en un sin fin de oportunidades que a la tía Cástula todos la habían conocido como un ser avejentado, un ser sobre el que se hacían chistes de familia acerca de las arrugas de sus arrugas; que ninguno de los miembros de la familia recordaba haber visto a la tía Cástula en otra etapa de su vida que no fuera la vejez; que la tía Cástula parecía estar detenida en el tiempo y el tiempo en ella como si estuviesen enfrentados en un duelo; que él no quería llegar a ese estado porque entonces todos los recuerdos que se tendrían de él serían apagados por su cabello canoso, por sus idas y venidas en la mecedora solar de deslizamiento libre, por sus consejos a la juventud, *mis buenos consejos a la juventud*, como decía el bisabuelo Domingo, *ya que a mi edad no puedo dar malos ejemplos*; que vieran el caso de Marisol, ahí estaba el caso de Marisol.

II

A mí del que me habló fue del abuelo Andrés que pasó de los cien años y dijo que le fueran preparando su segundo centenario porque él y que había hecho un juramento de que llegaba y, a medida que los años pasaban, la gente pensaba que el abuelo Andrés iba a cumplir su palabra, y por eso cuando lo vieron caer enfermo, todos esperaron que se volviese a levantar, nadie pensó en nada grave, nadie se preocupó mucho de atender las que serían sus últimas horas,

total, sólo le faltaban ochenta y tres años para los dos siglos, y cuando mamá entró en su cuarto uno de esos días para llevarle su café con leche, lo encontró con la boca tan abierta como sus ojos, y ella lo zarandeó y nada que se despertaba, faltó el abuelo Andrés a su juramento, y desde entonces, decía él, todos comenzaron a recordar al abuelo Andrés por la cantidad de velas que tenían sus tortas de cumpleaños, por su barba blanca que tenía que ser despojada mañana a mañana de briznas de lana de la cobija con que se arropaba por las noches, o por sus costantes fallas de memoria reciente y los cientos de recuerdos de su juventud, cuando sus deseos de un mejor modo de vida lo llevaron a fundar aquel poblado vecino a una base de lanzamientos de cohetes aún en proyecto; pero que nadie recordaba al abuelo Andrés por el retrato plano que se había amarilleado sobre la mesa de noche de la abuela Felicia (donde se veía al abuelo Andrés trabajando en el campo), diluido en el tiempo transcurrido desde el retrato, una época en la que ni padre pensaba ser, y eso no era lo que él quería.

III

Y de Cándida también hablaba: decía que a Cándida la había recogido la familia en épocas remotas de las cuales ya no había memoria cierta, y desde su muerte apenas nos acordábamos de las trenzas de cabello blanco que se hacía todas las noches antes de dormir, *para que si la muerte me sorprende, no me consiga tan fea*, y nadie tenía idea de quién era aquella muchachita que aparece en el lado izquierdo unas veces y en el derecho otras, extrañamente nunca en el centro, de las fotografías grupales en tercera dimensión que acostumbró durante cinco años hacerse anualmente la familia.

IV

Y se pasó la vida haciendo planes acerca de cómo morir joven para que todos se acordaran de su juventud.

Sí, no trabajó nunca y la familia se vio en la necesidad de otorgarle una pensión mensual desde el día en que se llegó a la conclusión de que un viaje a Marte, en calidad de explorador, le haría bien, y si no, al menos, podía llegar a cumplirse su deseo, con lo cual y a partir de entonces, todos le recordarían de veintitrés años.

V

A mí me decía siempre que ahí estaba el caso de Marisol. Que Marisol se había muerto joven y todos la recordaban como a una muchacha llena de miradas en el futuro, que una noche sintió dolores en el vientre y la tía Gerturdis pensó en llegadas del espíritu santo y todo, pero aquello era peritonitis. Y mientras varios la interrogaban para saber con qué hombre había sido, una vez disipada la idea sacra, la dolencia avanzó y su ingreso al hospital tras el vuelo de emergencia de la plataforma solar-ambulancia fue tardío. Cuando alguien la recordaba, tenía la idea presente de sus dieciocho años, de su naturaleza agradable al tacto, a la vista y al olfato, que había vivido tan sorpresivamente como había muerto.

VI

Tenía que haber trabajado como toda la gente, pero nunca lo hizo, ni le vimos hacer algo útil porque estaba embebido en la gran cantidad de proyectos de muerte que diariamente hacía, mas, según decía algunas veces, no llevaba a cabo porque no lograba una manera rápida e indolora de proporcionarse la muerte por mano propia, y así el tiempo fue pasando y, obsesionado con esa idea, los años le fueron formando pliegos en la piel, la vista se le fue cansando y su espíritu parecía vivir un día y envejecer dos. Ni el viaje a Marte lo curó, tantas esperanzas que tuvimos de que ese viaje lo hiciera olvidar su macabra filosofía, pero qué va, regresó con ideas colosales que parecían habérsele ocurrido al mirar el infinito. Los aparatos que ideó desde entonces, y aunque nunca antes habían sido previstos como

económicos, eran costosísimos desde todo punto de vista. Además, había algunos que, de acuerdo a sus explicaciones, porque nadie llegó a entender sus dibujos, representaban serios riesgos para la supervivencia de la familia y hasta para el propio pueblo y sus alrededores.

VII

Y mira que venirse a morir a los noventa años, con la cara curtida de planes y pensamientos de cada día, con ocho estantes de libro-film repletos de proyectos de muerte, con su mecedora solar de deslizamiento libre tan vieja como él, y su barba polícroma, que se hizo pintar al arribar a los ochenta con el fin de despertar la alegría a su alrededor y tratar de que, al recordarlo, lentamente se desvinculasen de él, de su último él, y su ser fuera asociado, ya en el olvido de sus facciones definitivas, con el colorido de la serie de imágenes de los retratos en tercera dimensión tomados en una época en que apenas tenía quince años, que es cuando a él le hubiera gustado morirse.


TICKET
TICKET

Como en un arroyo de luz

De repente, nos vimos envueltos como en un arroyo de luz.

Nos tomamos de la mano y nos incorporamos. Avanzamos. Ella tropezaba enceguecida. Yo trastabillaba desde mis ojos cerrados. Detuvimos la marcha momentáneamente aferrados a un árbol.

El estruendo al otro lado de la montaña hizo temblar la tierra.

En el camino hacia el pueblo, ella habló de los castigos de la carne que, en la biblia que guardaba el abuelo Humberto, había encontrado.

No le hice caso y fue apenas pasados tres días –un rato después de la resurrección de la carne–, que le expliqué que lo que habíamos visto caer era un meteorito.

Carta de un abuelo suicida dejada a pocos metros de su muerte

Sé que no podré viajar nunca al espacio.

Sé también que mi enfermedad agrava mi vejez y que mis días ya no se cuentan en hojas de almanaque.

Morir tal vez me acerque un poco a donde tanto quise viajar: pero... dudo. Sólo esperanzas me quedan y me juego mi última carta.

Una cosa que sale de las nubes

Papá, ¿qué es esa cosa que sale de las nubes?

Estaba lloviendo y se hallaban completamente nublados los alrededores, cuando nuestro hijo vio su primer cohete.

María Elena y yo sabíamos que esa mañana, de un momento a otro, él iba a preguntar. *Todos los días*, nos dijeron durante la mudanza, *sale un cohete por la noche y casi a mediodía llega uno que es el que ha salido veinte días atrás*.

Y así es: anoche él estaba durmiendo cuando María Elena y yo vimos elevarse uno que pronto se borró entre las nubes, dejando a nuestra vista sólo un resplandor menudo y disminuyente. Temimos que el estruendo lo hubiese despertado, pero no. Ahora había visto llegar un coloso de metal, grisáceo y húmedo, que con parsimonia se posó en las cercanías de nuestra tierra recién sembrada.

Hijo, es un cohete…

Como música que solamente se escucha en sueños

La primera vez estuve flotando en el espacio por más de un cuarto de hora: alrededor cree uno oír, mientras tanto, como música que solamente se escucha en sueños. Es imaginaria, lo sé, porque en el vacío no hay sonido.

Las estrellas, libres de las deformaciones que producen las ventanillas de los cohetes, se agigantan y forman un caleidoscopio único, interminable pese al cristal del casco sobre nuestra cabeza.

Cuando se regresa al interior del cohete, parece que nos hubiesen arrebatado algo de nosotros mismos, y no se llora en público, únicamente porque no se tiene la valentía para ello.

Un viaje sin pasajeros atemorizados

Fue una tragedia familiar pasar bajo una escalera antes de abordar el cohete.

De inmediato, me fue entregado un envejecido y naftalinoso misal, entre cuyas páginas había un marchito y planchado trébol de cuatro hojas; una herradura de caballo, descolgada de la puerta de acceso y desempolvada ante la mirada estupefacta de los demás pasajeros ya establecidos en la plataforma solar fue introducida, pese a mis recriminaciones, en el equipaje de mano. Se me obligó a tomar un salero entre mis dedos derechos y echar sal hacia atrás, por encima de mis hombros. Fueron recortadas en el solar de la casa del guarda varias flores de cariaquito morado y sumergidas con rapidez en agua caliente, y, ante la imposibilidad de bañarme en público, la tía Úrsula me roció con una de sus manos unas gotas, según ella, pródigas en buena suerte. Por último, se me recomendó sobar la deformidad del jorobado que para tal efecto encontraría en la escalerilla del cohete, mientras se me bendecía en el nombre del padre, del hijo, del espíritu santo, y en el de todos los santos, mártires y vírgenes del siempre iluminado altar de la abuela.

La fe es contagiosa. Por eso la tripulación del cohete se extrañó de que por primera vez se realizase un viaje sin pasajeros atemorizados.

De noche, las llanuras se llenan de relinchos

Tamborilean los cascos de miles de caballos ya pasados en yuxtapuestos tiempos, y se oyen resucitadas las voces de miles de hombres cuyo tránsito quedó extinto, y se acaricia una brisa varias veces lejana, y se respiran temores resquebrajados o simplemente pétreos.

Papá, ¿para eso nada más trajiste al campo la máquina del tiempo?

Un ser herrumbroso y extraño que juega a ser viejo

Lo habíamos visto llegar como a tantos otros viajeros, pero lo diferenciábamos por el rechinar de sus pasos, no tanto por su rostro infantilmente envejecido.

Nos enteramos del accidente por el cual había sido necesario suplir una de sus piernas por otra metálica y, a partir de entonces, entró a formar parte de la comunidad.

Las tardes lo sorprendían durmiendo entre los sembradíos: no lo sabíamos. Un grupo lo halló aquel día con los dos cestos donde vertía la cosecha a su lado, uno a manera de toldo sobre su cara sudorosa de sol poniente, y el otro cubriéndole el pecho desprovisto de encanecida pelambre.

No era viejo sino que más bien parecía estar jugando a que lo era. Su tamaño no indicaba los doce años que tenía. Su pierna metálica era apenas un objeto herrumbroso que cubría su pierna intacta y sus arrugas un maquillaje que el sol se encargaba de aligerar. La gruesa e inseparable correa que sostenía sus pantalones contenía los aditamentos necesarios para recobrar, una vez despierto, la apariencia que todos le conocíamos.

Agazapados fuera de su vista, observamos su transformación.

La pareja que lo recibió como abuelo para sus dos hijos, adoptó su orfandad de circo.

Nuestras voces corearon su maldición al pasado

Mamá quiso aprender a tocar el piano cuando niña, mas no pudo.

Buscó desarrollar su temprana voz de soprano, pero le fue imposible continuar sus clases de solfeo y vocalización.

Ahora que sus dedos y su voz se hallan destemplados por el tiempo, se le presentó la oportunidad tantas veces negada: entre las teclas se consumieron sus lágrimas y nuestras voces corearon su maldición al pasado.

Voluntarios para visitar el cometa

Se habló de voluntarios para visitar el cometa y una delegación se presentó en la base de lanzamientos para solicitar apoyo de los científicos y un cohete en el cual lograr su pretensiones.

Las explicaciones sobre la imposibilidad del caso dejaron más dudas que claridad.

Lo que sí no se mencionó, ni antes ni después, fue que todos los voluntarios estaban desahuciados de viajar al espacio, el abuelo Andrés entre ellos.

Ahora todos nos enorgullecemos de su desobediencia

Florentino nos desobedecía a escondidas y adiestraba sus piruetas en aquellos lugares en que no ponía a nadie más que a él en peligro.

Siempre se había pensado que una plataforma solar o una silla de ruedas con turbinas solares y mecanopropulsión no eran absolutamente seguras: él se dispuso a demostrar lo contrario.

Nadie, hasta el día en que sus acrobacias nos fueron reveladas por él mismo como sorpresa en nuestras festividades después de la cosecha, había notado hasta entonces –y aún después–, una señal que indujese a pensar en algún accidente, ni él nunca dejó de buscar a los pasajeros que se dirigían a la base de lanzamientos, en ninguno de los ocho pueblos que rodean a ésta.

Ahora todos nos enorgullecemos de su desobediencia, cuando nos llegan noticias de sus triunfos circenses en otras regiones del planeta.

Una rosa roja de pálidos bordes como enmarcando los pétalos

Fue de emergencia el aterrizaje del cohete que traía la primera rosa cultivada en el espacio, obtenida de semilla larense, pues no le tocaba nuestra vecina base de lanzamientos sino la otra.

La noticia nos recorrió de casa en casa y todos los habitantes de los pueblos vecinos a la base quisimos verla ya que era como si fuésemos a conocer a un hijo nuestro nacido en otra región.

La vimos.

Era una rosa roja de pálidos bordes como enmarcando los pétalos.

La confusión de aquellos que esperaban una rosa verde, de pétalos deformes, de múltiples tallos y radioactivas espinas, fue el comentario obligado durante el resto del día.

Ahumados el respaldo y el asiento y semiderretidos los arcos

A la abuela no le gustaban los cohetes. Decía que volar por el espacio y visitar otros planetas era cosa del Demonio y que en las cosas del Malo ninguno se debía meter.

Nadie había hecho ninguna objeción al momento de su sudorosa e imprevista llegada y todos en el pueblo la adoptamos de inmediato como abuela.

Ya le habíamos tomado cariño.

Cuando Paula me tomó de la mano y yo aferré nuestra maleta para avanzar hasta la plataforma solar que nos llevaría a la base de lanzamientos, en calidad de primeros viajeros del poblado, la abuela se santiguó con azufrosos movimientos y desapareció de nuestra vista, en una llamarada parecida al despegue de los cohetes.

Como prueba para los incrédulos quedó su mecedora: ahumados el respaldo y el asiento y semiderretidos los arcos.

El hijo que viaja por las estrellas

Hubo que decirle que había partido en el cohete de la noche anterior: ella sabía que a él no le gustaban las despedidas. Por eso no lloró, al menos en público.

¿Ven aquella? nos pregunta a los vecinos, *hacia ella debe de ir mi hijo*, y nadie la contradice.

Hasta hemos creído que la lápida que lo arropa en nuestro pequeño cementerio algún día se elevará ante nuestra sorpresa y lo llevará efectivamente a tan remotos parajes.

Cercano y primero como una total resurrección

La tía Úrsula expuso muy detalladamente su plan para justificar su ida al espacio, mientras todos escuchábamos como frente a algo superior a nuestras fuerzas, y callábamos en busca de las palabras adecuadas para negarnos a su petición de solidaridad y apoyo.

Fue larga la discusión y la familia puso al gallo en la madrugada como momentáneo telón para recuperar fuerzas e ideas y reanudar las acciones a la siguiente noche.

Por supuesto, la tía Úrsula no cambió sus argumentos. Robusteció su posición mientras todo ese día estuvo tejiendo el suéter que pensaba llevar al cosmos. Nadie fue capaz de convencerla, ni tan siquiera de explicarle lo que tantas veces le habíamos explicado individualmente o en grupo durante la cena del día anterior.

Esta vez, la discusión se agotó temprano y para ella eso constituyó un triunfo.

Nos sorprendimos cuando la vimos haciendo la maleta: pese a su edad, el médico había determinado que no sólo soportaba el despegue, sino todo el viaje y aún más. La vimos alejarse hacia la base de lanzamientos en la plataforma solar, como si asistiésemos a una película antigua. Desde una ventanilla vimos salir su pañuelo de iniciales bordadas que se movía con mayor presteza que la que le confería el viento.

Aún dudamos que en ese viaje la tía Úrsula consiga al hombre que la despoje de su añeja soledad, pero nadie duda que, de conseguirlo, sea según se lo ha propuesto: cercano y primero como una total resurrección.

Anidaban en sus manos y en su cabello arrollado de brisas

Cuando los pájaros que habían anidado en una de sus manos se asustaban, nos dábamos cuenta de que aún vivía.

Había pedido al médico que ya que se hallaba totalmente paralizado le permitiese vivir, a partir de entonces, en una silla de ruedas a la intemperie: *quiero serle útil a alguien*, dijo trabajosamente.

Hasta el día en que comenzamos a verle sonreído, nos pareció que se había quedado ahí, en un silencio cavernoso: ese día empezó la construcción del nido.

Un mes después, presentimos su muerte: sin embargo, como su cuerpo no se descompuso, lo dejamos allí, en el campo, pues otra pareja se había anidado en su cabello arrollado de brisas.



Tan vieja que tiene el color de las cosas que la rodean

Desde que viajar por el espacio dejó de ser privilegio de regiones y personas, la abuela comenzó a preocuparse por mis sueños.

Si antes yo le decía que me gustaría sentir la ingravidez y flotar por el espacio *como aquellos globos que tú me comprabas cuando había fiestas de San Antonio*, ella elogiaba mis deseos y me imaginaba trajeado espacialmente, con un soberbio casco que me permitiría respirar en el vacío, o caminando sobre nubes de polvo cósmico, o dialogando con seres de facciones incomprensibles.

Pero, desde que le dije, *un día de éstos podré viajar al espacio como investigador, vieja,* desde ese mismo instante no dejó de preguntarme qué posibilidades de regresar tenía el cohete, *porque si Dios hubiera querido que voláramos, nos habría dado alas*, de preguntarme mientras me servía el café con leche por la mañana acerca de los sistemas de seguridad de los cohetes, de referirme seniles historias que oía cuando joven en su radio de pared, historias siempre trágicas que envolvían vidas de viajeros del cosmos, accidentes diversos que ocurrían a lejanos años luz de distancia, de preguntarme, *m'ijo y cuándo piensas viajar tú*, y tener que contestarle decenas de veces al día que cuando terminara los estudios que estaba haciendo, debía ir al espacio a realizar trabajos de investigación y ella me preguntaba que para cuándo sería eso y cada día se iba acercando más la fecha, hasta que inevitablemente le contesté, *mañana*, y al rato oí que comenzó a

gemir en el cuarto contiguo al advertir que yo comenzaba a hacer las maletas.

****

Yo había tratado de persuadirlo por todos los medios, pero siempre fallaba. Y aunque desde hacía más de un año lloraba sin que él me viera, aquella mañana no me pude contener y, mientras lo ayudaba a arreglar sus maletas, mientras le colocaba con alfileres en su ropa de polietileno algunos escapularios y medallas de los santos que siempre me lo habían cuidado –desde que quedó huérfano–, se me salieron las lágrimas en su presencia y lloré abrazada por él como si no nos volviésemos a ver más.

Me trataba de ganar la confianza y el cariño de las muchachas que sabía gustaban de él, para ver si al estar enamorado se le quitaban esas ideas de viajar por el espacio, pero nada. Le pedí a San Judas Tadeo, abogado de los imposibles, que me lo convenciera, pero cuando a él se le metía una idea no le hacía caso ni a los santos. Después le empecé a hacer ver lo peligrosas que resultaban las travesías por las estrellas, con historias que primero escuché en mi radio de pared y que luego llegué a inventar yo misma, pero él insistió en su viaje.

Aquella noche apelé a lo que no había querido apelar nunca: durante el tiempo que me sostuvo abrazada, con mi cabeza apoyada en su hombro derecho, le dije que yo no me quería morir sin verlo, que si yo me moría mientras él andaba viajando, estaba segura de que él se iba a sentir muy, pero muy mal. Que yo sabía que estaba viviendo mis últimas horas, pero él lo que hizo fue besarme en la frente. Entonces comprendí que ya no había más que hacer. Mis ojos apenas lo distinguían entre las lágrimas cuando salió. Me pidió la bendición varias veces en voz alta, en el trayecto hasta la plataforma solar. Me dijo con una voz distinta a la suya y que ni parecía brotar

de su garganta, que cuando viniera Gabriel lo tratase como si fuese él mismo y otras cosas más que no oí. Cuando remontó vuelo y se perdió de vista, corrí hasta la casa con toda la rapidez que mis varicosas piernas me lo permitieron y tomé el retrato en tercera dimensión que estaba en el recibo, lo abracé y derramé todos mis sentimientos sobre aquel reflejo estático de mi nieto, de mi único nieto, que quedaba en casa.

****

Desde la plataforma solar observé cómo la abuela se fue poniendo cada vez más pequeña y cómo, a medida que me iba alejando, su ser pasaba a formar parte del todo oscuro que era la casa. Al fin no la vi más y frente a mí ya lo que se alzaba era la iluminada base de lanzamientos. Tenía poco más de una hora para registrar mi viaje, entregar el equipaje, abordar la nave y tomar asiento. Esto último lo hice sintiéndome tan exhausto que me quedé dormido.

Me despertó algo parecido a un estremecimiento: gentilmente, una de las azafatas me estaba atando el cinturón de seguridad.

Una voz avisó, quince minutos después, que estábamos en condiciones de flotar por el cohete, *pero, por favor, sean prudentes. Gracias*. Ante la mirada divertida de la azafata que me había atado el cinturón, intenté zafarlo pero no pude, a lo que ella acudió con rapidez y, a los pocos segundos, me encontraba golpeándome torpemente con las paredes del cohete. Era como volver a ser niño, y recordé las ferias patronales, recordé a la abuela que pacientemente me acompañaba, pagaba, y me veía disfrutar de los aparatos mecánicos de diversión. A partir de entonces comprendí que los sueños son una cosa y la realidad otra.

Viajar por el espacio, aparte de la pasajera ingravidez, resulta casi todo el tiempo como subir a una colina, esperar la noche y encontrarse rodeado de oscuridad a los lados y de estrellas sobre nuestras

cabezas, con la diferencia de que en el espacio hay estrellas en todos los puntos. *La mayor satisfacción la tendré*, dije a la azafata cuando servía las píldoras del almuerzo, *al descender donde voy, ¿verdad?*, y ella me respondió que sí, que eso me resultaría maravilloso, porque podría darme cuenta de que formaba parte del universo.

****

Todas las noches, en el mismo momento en que oscurece, voy y me siento en la mecedora que está en el portal de la casa. Y mientras le rezo uno o dos rosarios a la Virgen del Carmen, para que me le dé salud a mi nieto y me lo regrese sano y salvo, observo las estrellas. Y cuando de repente aparece un brillo que inmediatamente vuelve a desaparecer, me parece leer en ese breve instante, un mensaje que me dice, *vieja, no te preocupes, estoy bien,* y guardo ese mensaje con mis dedos avanzando sobre las cuentas del rosario, moviendo los labios mecánicamente, y con mis pensamientos puestos en él, que Dios y la Santísima Virgen me lo acompañen, hasta que me voy a dormir, que me parece oír su voz solicitar desde el cuarto de al lado la bendición, y yo lo bendigo, con la esperanza de que cada día que pase me acerque más a él. Entonces, voy quedándome dormida y sueño que al día siguiente recibiré una postal suya donde lo veré saltando una montaña, o flotando en el espacio como los periquitos que diariamente me despiertan con sus discusiones que se cuelan a través de la pajarera de vidrio que él un día me hizo construir con luces de colores, para que los dos periquitos, que son las únicas aves que permiten tener cautivas en las casas, puedan vestir diversos plumajes… Y un día me llegó una carta suya acompañada de algunas fotografías que dejaban ver una cantidad mayor de colores y de luceros que los que yo veía todas las noches desde mi mecedora, y advertí por el trazo de sus palabras que era feliz, y eso me llenó de felicidad a mí también. Sin embargo, fueron transcurriendo los meses, los años,

y las cartas y las fotografías se fueron distanciando, aunque nunca dejaron de llegar. Yo pasaba cada día mayor tiempo en la mecedora, hasta que llegó aquella mañana en que Gabriel, el muchacho vecino y amigo de mi nieto, al no verme salir hasta el portal, me trajo al médico, a sabiendas de que algo me ocurría, y éste me sentenció a la silla de ruedas, de ser posible, una de modelo antiguo y no una de esas modernas, con turbinas solares y mecanopropulsión. Le hablé de una que se hallaba entre los muebles viejos en una habitación al fondo de la casa, que había recorrido varias generaciones en la familia, y entre el doctor y Gabriel la sacaron y, a partir de entonces, eran las hermanas de Gabriel quienes observaban el rito de llevarme a ver las estrellas, a esperar todas las noches el mensaje de mi nieto, y luego, una vez recibido, las llamaba, y ellas volvían para llevarme hasta mi cama. En el día, por mis propios medios, alcanzaba la silla y permanecía todo el tiempo que el sol estaba afuera, tejiendo alguna prenda para un incierto biznieto que, a medida que pasaba el tiempo, se hacía más remoto.

Varios años estuve con este régimen y hasta se me había olvidado el rostro de él por lo que, cuando venían las hermanas de Gabriel, o Gabriel mismo, les pedía que me trajesen el ya por mí deteriorado retrato en tercera dimensión de mi nieto y, contemplándolo, creía tenerlo a mi lado, ya no formando parte solamente de unos envejecidos recuerdos.

****

Cuando descendí del cohete, el sol brillaba con lejana intensidad. Mi cuerpo estaba ya acostumbrado a la ingravidez y mis ojos a otros paisajes estériles que mis conocimientos sobre Lara ya estaban caducos. Me sentía absolutamente desorientado y hube de pedir ayuda a alguien que me reconoció pero a quien yo había olvidado. El modelo de plataforma solar en el que viajamos tenía líneas

aerodinámicas desconocidas para mí, que permitían un mejor desplazamiento y un gasto mínimo de energía solar. Agradecí la ayuda y recorrí la ahora para mí irreconocible vereda que llevaba a casa. Cuando la tuve a algunos metros, pude ver a la abuela, en una silla de ruedas, tejiendo recuerdos con su vista perdida en el horizonte, y antes de gritarle desde el portón, *¡vieja, aquí estoy!*, correr hasta ella, abrazarla y besar su siempre querido rostro, me detuve a contemplarla pues, de tan vieja, tenía el color de las cosas que la rodeaban.

No había manera de llorarlo, pues dejó entre nosotros tanta alegría

Papá murió una tarde, rodeado de hijos e invitados, como atinó a decir, acribillado por las tormentas que veía surgir de todos los rincones de la casa.

Últimamente, le había dado por temerle al gato, por confundir el canto interminable de las chicharras con el despegue de los cohetes y por detectar tormentas en un cuarto y en otro, desde la cocina hasta el solar.

Antes de morir, había contado tantas hazañas alegres, revivido tantos hechos imaginados o transitados, agraciado hasta los más lúgubres cuentos de aparecidos, repartido tantas sonrisas anchas, curado tantos pájaros accidentados, adoptado tantos animales errantes, bailado tantas veces y enseñado a bailar el Tamunangue, improvisado tantos versos mientras trabajaba en la siembra, que nadie dejó de asistir al velorio y al entierro.

Sin embargo, pese a la necesidad de tenerlo junto a nosotros, que todos experimentábamos, a papá no había manera de llorarlo pues dejó entre nosotros tanta alegría que tal cosa se hacía imposible: cada recuerdo suyo, tocado por alguno de los asistentes al velorio y luego al entierro, levantaba sonrisas pero ninguna lágrima.

Estamos seguros de que eso habría contentado a papá.

La hora de salir el cohete

Me asomé a la ventana: hacía rato que había dejado de llover y el aire parecía haber rejuvenecido.

Era la hora de salir el cohete.

Todas las noches sale uno y todas las mañanas, como un relámpago matinal que resalta el verdor de nuestros sembradíos colectivos, regresa el que ha salido veinte días atrás.

A lo lejos, se vislumbra la base de lanzamientos, construida sólo unos pocos años atrás. En cada región hay una o dos, según su importancia económica. Elevados reflectores presagian a los vecinos de la base, la silueta que pronto volverá al cosmos.

Recordé entonces que, cuando yo era niño y aun un joven, y hubiera podido viajar al espacio, solamente los que acumulaban grandes cantidades de dinero o poseían frondosas propiedades, estaban en capacidad de hacerlo si querían, pero generalmente no lo hacían porque desconfiaban de sus propias ausencias.

Muchas veces me paseé entre los cohetes, a escondidas de los vigilantes, ya que vivía en la parte de la ciudad cercana a la única base de lanzamientos que existía en todo el país. Veía hacia arriba aquellas gigantescas saetas, me extasiaba contemplando la posibilidad de ir algún día hasta las estrellas que conocía de simple vista, en alguno de aquellos colosos.

Ahora, que podría viajar en ese punto luminoso y magnífico que se eleva sobre mi avejentada mirada, que se alza hacia el infinito

como un manantial de fuego, ya no puedo hacerlo: no soportaría la presión del despegue.

Sé que moriría feliz en el interior de un cohete, aun cuando ni siquiera pudiese ver a través de la ventanilla, cómo esta casa en que vivo se va empequeñeciendo hasta formar parte del universo. Pero descubrir un cadáver, apenas al salir de la atmósfera, sería un trastorno para el pasaje y la tripulación.

Por eso, los que clínicamente no estamos en condiciones de viajar y mayoritariamente somos viejos, debemos conformarnos con mirar las partidas diarias de los cohetes, a través de las ventanas de nuestras casas.

Es lo que hago todos los días.

Los viajeros desprevenidos se admiran de una larga caravana

Que mi cuerpo se deje en el espacio, fue su última voluntad.

Hubo que hacer los trámites y, para sorpresa nuestra, no era el primero: quienes no habían podido ir en vida al cosmos, era lógico que solicitasen eso.

Los viajeros desprevenidos se admiran de una larga caravana, como de ataúdes espolvoreados de cristales, que generalmente se cruza en el camino de los cohetes cuando éstos se dirigen a Marte.

Índice

EDICIÓN DIGITAL
MARZO DE 2017

CARACAS - VENEZUELA





Me pareció que saltaba por el espacio como una hoja muerta

ARMANDO JOSÉ SEQUERA

Me pareció que saltaba por el espacio como una hoja muerta es una honesta metáfora de la ingravidez, al mismo tiempo que nos recuerda que la luna no es suficiente en el sueño del hombre por despegar del suelo, superar el cielo rumbo a nuevos mundos representados en el brillo de las estrellas, distantes millones de años luz y sin embargo tan próximas unas de otras, a nuestra vista. Heredera de la literatura fantástica, la ciencia ficción, se desprende de lo real maravilloso para emerger como narrativa con características propias, tanto temática como estilísticamente. Armando José Sequera presentó en 1977 este libro en el Taller de narrativa del Centro Rómulo Gallegos. En 1979, Julio E. Miranda lo reseña como un prometedor escritor, que logra destacar su trabajo dentro de una vertiente crítica en el género y lo reviste de elementos que extrapolan rasgos de venezolanidad a temas de auténtica ficción científica.




9 789801 437123



